

trando impresas en su cuerpo las señales del martirio de la cruz. Vive siempre el Santo que ya moribundo, pidió perdón a su cuerpo por haberlo martirizado tanto en beneficio sólo del espíritu; el seráfico Francisco, el dulce poeta, autor del bello canto al Hermano Sol, que al decir de la Condesa de Pardo Bazán, abrió el capullo del idioma italiano, y lo echó a volar con las irisaciones de luz y de vida de una mariposa; el que realizó la amistad íntima y sincera del hombre con la naturaleza desnuda; el que creó la divina alegría de la triste desnudez de la pobreza humana; y dejó al mundo, encendidas, como antorchas inextinguibles, estas únicas palabras: AMOR Y PERDÓN, que siguen en el tiempo el núcleo esplendoroso del Santo de Asís, como la cauda luminosa de un cometa!»

JUAN LUIS VIVES

Así titula Pablo Patiño Bernal la monografía que como tesis para optar el título de doctor en filosofía y letras de la Facultad de este Colegio, presentó y sostuvo con notable lucimiento en su examen final de grado.

Este trabajo original por el tema escogido, importante como que contiene delineada magistralmente la personalidad del célebre filósofo renacentista valenciano, lucida por la prosa fácil y elegante en que se halla concebido, hacen esperar para el nuevo doctor un porvenir brillante.

Publicamos en seguida un capítulo de la tesis.

EL RENACIMIENTO

Sin participar, en un todo, de las ideas de Taine, de amplia generalización, reconocemos la definitiva influencia del medio en la formación y aun en la aparición de las figuras representativas de un valor auténtico y decisivo en los ciclos evolutivos de la humanidad. Y así, para com-

prender lo que significan la personalidad y la obra cultural de Juan Luis Vives, precisa delinear los rasgos salientes de su época y analizar su sentido histórico, procedimientos éstos impuestos por la crítica en sus modernos métodos reconstructivos.

Conceptuaba Nietzsche en vocablos de noble comprensión que la alteza principal del carácter del hombre es la posibilidad y la voluntad de volver a empezar; frase es ésta que sintetiza toda la belleza del esfuerzo de los hombres, quienes para alcanzar su perfeccionamiento no desmayan ante ningún obstáculo, y antes bien, como Anteo al contacto de la corteza materna, más briosos mientras más infortunados, hallan vigores en el vencimiento al parecer más definitivo. Ninguno de los esfuerzos humanos se pierde por completo aunque permanezca latente largo tiempo; algún día avivará dando forma a una idea. El hombre busca con frecuencia orientaciones que antes abandonara, presentándose así en la vida de los pueblos períodos y situaciones que resurgen los de tiempos ya preteritos, estrecha analogía basamentada en la semejanza de sus ideales; impulsado por el dinamismo incontrastable de sus energías espirituales, hace muchos siglos se siente atormentado por una ansia punzante de adelantar, por un deseo profundo de dominar la cumbre de sus aspiraciones perfeccionantes, cuya obtención señala un triunfo en la marcha infatigable de la especie hacia el desideratum determinante de sus actos, que estriba en la armonía de las ideas con las cosas.

El Renacimiento o Humanismo, es una época intermedia ideológicamente entre la Edad Media y la Edad Moderna, que comprende especialmente la última mitad del siglo XV y la primera del XVI, período distinto y de carácter propio, nuevo surgimiento de la antigüedad en el arte, en la ciencia y en la vida, y épocas de las humanidades, o sea, de la educación, del desarrollo completo de

la capacidad y aptitudes exteriores e interiores del hombre. «Es Renacimiento—anota Oncken—el despojarse del espíritu y de las ideas de la Edad Media, y ponerse en cambio, en contacto con las manifestaciones intelectuales y artísticas de la antigüedad, no para adoptarlas servilmente, sino para crear a su vez, como conviene a un espíritu independiente y original». Las dos palabras Renacimiento y Humanidades, muestran de manera evidente las tendencias que primaron en aquella época interesante; la primera, indica, que se trata de un período en que se atiende no ya a las revoluciones, cambios de territorio, partidos y formas de gobierno, sino principalmente a las modificaciones y conceptos que la humanidad se formó del Estado y sus facultades. La segunda, que se trata del carácter de la educación, de la instrucción que nos legó la antigüedad, independiente de las anteriores prácticas escolásticas.

Este movimiento llamado Renacimiento, tuvo como todo fenómeno humano, sus causas determinantes:

1.º El espíritu de la cultura romana se conservaba en Italia, sus habitantes se consideraban como continuadores de la obra gigantesca de los Césares; su lengua usual era descendiente casi directa del latín clásico; los monumentos más grandiosos se encontraban allí lo mismo que los más prósperos y numerosos centros de cultura.

2.º Los esfuerzos que hizo el imperio bizantino por acercarse al Occidente en busca de apoyo contra el peligro asiático y luego la toma de Constantinopla por los turcos, fueron causa de que en Italia se recibieran los tesoros de la lengua, de la sabiduría y de la poesía griegas, ya olvidados y desconocidos en Europa. Así, el Humanismo que al principio comprendió únicamente la cultura romana, abarcó luego, con la difusión que los fugitivos griegos hicieron de sus obras maestras, la antigüe-

dad helénica. Unidas estas dos culturas y compenetradas con los elementos cristianos y nacionales, forman la cultura del Renacimiento que por esta causa, presenta caracteres análogos en todos los países europeos, y a la vez algunos rasgos especiales en cada uno de ellos.

3.º Al mismo tiempo la afición a las culturas antiguas se aumentaba con el descubrimiento que por ese entonces se hizo de muchas de las maravillas clásicas: el Apolo de Belvedere, el Laocoonte y la Venus de Médicis.

Nos presenta el Renacimiento dos tipos distintos de humanistas. El primero, característico de la época, es el restaurador de las viejas civilizaciones helénica y romana, en toda su plenitud, con negación de las ideas cristianas y medioevales. El segundo es el humanista que sin prescindir del espíritu cristiano y conservándose dentro de los límites de sus ideales, reacciona en favor de la cultura antigua, atacando los procedimientos literarios y científicos de su tiempo.

El Renacimiento, fenómeno social, no puede considerarse como hecho aislado, sino más bien como la cumbre y acabamiento de una dirección cultural que se perfila a través de las épocas medioevales. Acojemos las ideas de Menéndez y Pelayo: «Yo entiendo el Renacimiento de un modo más amplio; para mí lo que hubo en el siglo XIV no fue más que el remate, el feliz complemento de la obra de reacción contra la barbarie que siguió a las invasiones de los pueblos del Norte; para mí la historia de la Edad Media no es más que la gran batalla entre la luz cristiana y latina, y las tinieblas germánicas. A esta obra que llamo grande y santa, contribuyeron por igual Casiodoro y Boecio en la corte del Rey Teodorico, San Martín Dumense entre los suevos de Galicia, San Isidoro y sus discípulos entre los visigodos. Alcuino y Teodulfo en la Corte de Carlomagno.

Lo que estos hombres sabían no era más que una empobrecida reliquia, pero reliquia al cabo, de la antigua ciencia profana y sagrada, y al hacer entrar en el espíritu de los bárbaros algo de la lógica de Aristóteles, de la gramática de Prisciano y Donato, de la moral de Séneca, hacían obra de Renacimiento, como lo hacía San Eulogio al llevar a Córdoba, cual solaz para los Muzárabes en la horrenda persecución que sobre ellos pesaba, las obras de Virgilio, Horacio y Juvenal. Y obra de Renacimiento hacía el mismo Carlomagno en su tentativa de imperio; y a la causa latina servía Gregorio VII al poner su planta sobre la dura serviz de los emperadores alemanes. Todo el que en medio de la desmembración y desorden de la Edad Media tuvo un pensamiento de unidad social o científica, fue precursor del Renacimiento».

El movimiento renacentista clásico del siglo XV tuvo como introducción el que se ha llamado Renacimiento Cristiano del siglo XIII, que si inferior a aquel en la perfección de la forma y porque no tuvo una auténtica comprensión del genio cultural de la antigüedad y porque llevó a extremos el simbolismo artístico, lo sobrepujó en sentimiento, verdad e imaginación, producto de su gran sentido místico. Y así, se lamentaba Oscar Wilde, el gran paganizante, de que el Renacimiento de Cristo no hubiera alcanzado completo desarrollo por haber sido interrumpido y malogrado por el frío Renacimiento clásico, que emana de fórmulas muertas y no surge de la profundidad del ser.

Los resultados del Renacimiento, múltiples y fecundos, fueron de una trascendencia definitiva en las orientaciones de la humanidad. El cambió la concepción de la vida y los principios constitutivos de la sociedad, hizo prevalecer de nuevo las fuerzas políticas sobre la espontaneidad social, trajo a los tiempos nuevos el individualismo, el naturalismo y el estatismo, característico de los

tiempos antiguos, y preparó el reinado de las dos influencias de que abominaba Adam Müller: la abstracción jurídica y el absolutismo económico.

Los hijos del Renacimiento realizaron lo que se ha llamado el descubrimiento del hombre. La individualidad humana hasta entonces eclipsada por las tendencias y convicciones religiosas, de la clase social, de la agrupación de intereses a que pertenecía, surgió a impulsos de su propio valer y consciente de la alteza de la dignidad humana. Se vive una sola vez, dijo Bacon de Verulam, y constantemente parece que resuena esta voz en los oídos de los hombres de entonces, como un ambicioso requerimiento para el más alto desarrollo y tensión de las fuerzas humanas. Tal riqueza de aspectos no es el menor motivo para que las personalidades del Renacimiento aparezcan a nuestros ojos, comparadas con las de la Edad Media, como algo que se destaca con plástico relieve, como hombres que han vivido intensamente su tiempo; aquella generación tenía conciencia de la plenitud, del encanto que puede haber separadamente en cada personalidad. La Reforma con su criterio de libre interpretación, contribuyó poderosamente al desarrollo del individualismo. A este respecto dice el profesor Minguijón: «El Humanismo y el Protestantismo coincidían en un principio: el principio individualista. Pero el Humanismo exaltaba y glorificaba las fuerzas humanas y el Protestantismo las deprimía. El primero creía en el poder y en la bondad natural del hombre. El segundo anulaba la libertad y negaba al hombre todo poder para el bien. Esta divergencia unida al instinto conservador, al sereno equilibrio del espíritu clásico, a una especie de sentido aristocrático, basado, no en la herencia, sino en las jerarquías intelectuales, hizo sin duda que, a pesar de ciertas coincidencias de impulso y sentimiento, el Humanismo no siguiera el camino trazado por Lutero». La

Edad Media no pidió a la antigüedad criterios supremamente trascendentales, no la erigió en reguladora de su vida moral; su gusto por los autores clásicos no enturbió la plácida humildad cristiana. Por el contrario, el Renacimiento fue la glorificación del hombre, la magnificación de la vida terrestre; todo gira entonces en torno de la personalidad como fuerza independiente, segura de sí misma, penetrada de realidad y de naturalismo. Las consecuencias de este individualismo excesivo fueron lamentables: los lazos sociales se relajan, la noción de patria se debilita, y el tipo del hombre bien dotado es el que posee la fuerza y la astucia al servicio del egoísmo y del poder.

La Iglesia, cuya obra de construcción es generalmente reconocida en la formación de los estados modernos, adquirió por estas causas durante el transcurso de la Edad Media, grande influencia en los pueblos europeos, y puede decirse que vino a ser hasta esta época el árbitro de las naciones cristianas. Por el siglo XIV comienza a declinar la preponderancia eclesiástica, rudamente combatida por Wiclef, Huss, Arnoldo de Brescia, y que culmina en la obra de la Reforma, ayudada por el indiferentismo religioso y por la tendencia pagatizante del Renacimiento. Esta reacción dio independencia y aun preponderancia al poder civil sobre la Iglesia, aumentando desafortadamente el poder de los reyes, que ya sin freno, llegó al absolutismo exagerado, que produjo como reacción la revolución francesa.

La época del Renacimiento se distingue además por un cambio de tendencias intelectuales y de métodos educativos que transformaron completamente la cultura europea. En aquel tiempo alcanzó la humanidad grandes conquistas en las ciencias y en las artes, que políticamente influyeron aumentando el radio de las humanas actividades, aportando a la vez nuevos datos y elementos

para el reconocimiento de la naturaleza, abriendo las puertas a la comparación, principio vital de todas las ciencias. Pudo el Renacimiento con su amor a la literatura y a las bellas letras y el gusto por las ciencias de observación, llenar las deficiencias de los estudios medievales, caracterizados por la negligencia en la forma y por la primacía de las abstracciones filosófico-teológicas, rompiendo así con las tradiciones anteriores: desvalorizando el criterio de autoridad, imponiendo procedimientos más eficaces.

El Renacimiento, implantación de una cultura antigua en un mundo moderno, no podía de por sí ser obra perdurable, aunque sus efectos hayan alcanzado hasta nuestros días. El Humanismo realizó obra positiva al informar a las letras y a las artes con nuevos procedimientos. Sentó asimismo las bases de las modernas libertades. Su fundamento intelectual ha perdurado; proclamar que la educación del hombre ha de fundarse en la inteligencia, es proclamar que sobre la espontaneidad impulsiva ha de dominar la reflexión y el principio, que la educación ha de inculcar la moral del esfuerzo y del dominio de sí mismo, que impide la disolución de la personalidad en la incoherencia absurda de fugaces estados psicológicos. Según Brunetière, lo que enseñan los maestros de la antigüedad es «lo serio de la vida, la disciplina bajo la ley, la energía militar y civil, el valor del campo de batalla y el de la tribuna pública, la abnegación por la patria, la humanidad y la igualdad».

Tuvo también el Renacimiento sus elementos negativos o exagerados. No seguimos sus entusiasmos fanáticos por la antigüedad ni sus odios contra la Edad Media. En el orden político y social sus caracteres dominantes son: el estatismo, la uniformidad cosmopolita, el raciocinio que opera en el vacío, el espíritu novelador

y geométrico, dislocador de la arquitectura social; desconoce en parte el sentido histórico que representa la continuidad en la elaboración del progreso humano; su base es el concepto de la naturaleza humana en abstracto, no el hombre como existe en la naturaleza y en la historia, diferenciado y caracterizado por influencias de diverso género. En política el Renacimiento creó el maquiavelismo que según Janet es la «ciencia de vencer por la fuerza o por la astucia». A la economía social del trabajo, de la solidaridad humana, de la justicia contractual y de las corporaciones profesionales que subordinaron la riqueza al hombre, y coordinaron el fin económico con los fines más elevados y humanos, substituyese en la época del Renacimiento la economía individualista del capital, más estrechamente utilitaria, que considera al obrero como simple instrumento de la producción, que desorganizó las instituciones sociales de la Edad Media y engendró el proletariado moderno.

Somos herederos del Renacimiento, nuestra labor debe ser pues comprenderlo y utilizarlo en sus elementos valiosos, dejando a un lado sus extremos; con todo; debemos rendir tributo a su espíritu, a aquella alta vibración, a aquella noble gallardía, a aquel esfuerzo por ensanchar los horizontes del saber y del poder, por pulir al hombre y realizar todas las posibilidades naturales de la persona humana. Hoy más que nunca, en que en la humanidad se eclipsan los ideales nobles, a la cartagenización del mundo por la mengua de los factores espirituales, debe seguir una era de reivindicación idealista, era en que habrá de elevarse la vida a un plano de superior cultura, en que las aspiraciones humanas encuentren su más cumplida realización.

PABLO PATIÑO BERNAL